

Estimados amigos:

Hace tan sólo cuatro días nos reuníamos también en este lugar, foro permanentemente abierto a la reflexión y el debate, y lo hacíamos para con el Dr. Federico Mayor Zaragoza, Director General de la UNESCO, tributar merecido reconocimiento por su compromiso con la Cultura de Paz a un hombre excepcional relacionado a nuestra Universidad y también a ese importante organismo de las Naciones Unidas: el Padre Felipe E. Mac Gregor, S. J. Hoy nuevamente nos encontramos en esta casa vinculándonos también con una importante institución de la organización mundial para promover esta vez la impostergable tarea de luchar en favor de la preservación del Medio Ambiente. Pienso que se ha producido algo más que una mera coincidencia en el tiempo, sucede que simplemente las ocasiones han sido propicias para subrayar algo mucho más importante: la existencia de los vínculos esenciales que testimonian una deseada proximidad entre instituciones que, siguiendo sus propios

caminos, obedecen sin embargo al mismo propósito: servir al hombre.

Esta noche nos ocupamos del Medio Ambiente; sobre ello debemos decir que la Pontificia Universidad Católica del Perú no ha sido ajena a la trascendencia de este tema en el país. Antes bien, ha creído fundamental asumir el reto de contribuir a la salvaguarda de nuestro entorno y por ello, desde hace unos años, tiene dos centros de investigación dedicados a estos asuntos. Este compromiso es tarea que debe ser asumida por cada uno de nosotros pues habitamos un mundo compartido y porque la esencia y la vida del hombre es indisoluble de la naturaleza. Por ello consideramos un deber sumarnos a los esfuerzos del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y del Consejo Nacional del Ambiente (CONAM) en la difusión de la Educación Ambiental en nuestro país, así como en el afianzamiento de las diferentes instancias encargadas del

manejo de los recursos naturales y de la generación de un desarrollo sostenible en la región.

Es así que nos reunimos hoy, para la presentación y lanzamiento del suplemento “Tierramérica”, que nuestro Instituto de Estudios Ambientales desea apoyar. Lo hará organizando durante este año una serie de actividades cuya finalidad será promocionar los distintos temas sobre Medio Ambiente abordados por “Tierramérica”, el suplemento regional que aparecerá bimestralmente en el prestigioso diario “El Mundo”.

Nos complace especialmente, poner de relieve la presencia de la Sra. Elizabeth Dowdeswell, Secretaria General Adjunta de las Naciones Unidas y Directora Ejecutiva del PNUMA. La Sra. Dowdeswell que ha desempeñado en su país, Canadá, importantes cargos vinculados al Medio Ambiente podemos decir que es figura principal en la lucha por la preservación de nuestro planeta

y por ello su asistencia hoy brinda especial significado a este acto.

Nuestro siglo se ha caracterizado por una sorprendente innovación científica y tecnológica y por un acelerado ritmo de crecimiento económico; pero al lado de estos fenómenos positivos se han producido también fenómenos cuestionables como por ejemplo la indiscriminada difusión de patrones de consumo de energía que ha traído como consecuencia inevitable la amenaza del propio bienestar del hombre y el deterioro de los sistemas naturales. Frente a la gravedad de esta situación, se hace imperativo un resuelto compromiso de científicos, profesionales y técnicos y en general la conciencia lúcida de que todos nos hallamos involucrados en el problema.

Esta actitud responsable constituye una renovada filosofía cuyo objetivo es delinear un marco de inteligibilidad mayor y una mejor comprensión de lo que constituye la naturaleza y el

hombre dentro de ella. Ello, a su vez, nos conduce a la pregunta sobre el Ser del hombre en el mundo y sobre las causas más profundas de la singular situación en que hoy vive.

Sabemos cómo desde hace unos siglos la modernidad ha establecido la domesticación de la necesidad a través de la techné, la cual, avasalladora en sus innegables logros, ha contribuido -sin embargo- a que se genere una percepción cuestionable de la original unidad entre el hombre y la naturaleza. Así, esta inherencia se ve quebrada por la autoafirmación del hombre frente a su entorno, el que aparece las más de las veces como extraño lastre que debe ser superado. Este temperamento no deja de ser seductor: nos coloca a la altura de los tiempos, nos ratifica como los señores de la tierra y se ofrece como tarea de fácil cumplimiento pues la misma técnica nos otorga los medios para sojuzgar a la naturaleza. Pero lo que no aparece claramente en esta propuesta tentadora es la renuncia a la necesidad de pensar lo esencial y, en consecuencia el disimulado abandono a la

desesperanza y a la apatía nacidas de nuestra incapacidad de asumir nuestra condición humana, la cual desde siempre nos invita a comprendernos como seres naturales y sociales y por tanto vinculados raigalmente con la naturaleza y los otros hombres en un entretejido de relaciones que no puede ser transgredido, so pena de renegar, en ese mismo acto, de nuestro propio ser.

Planteadas así las cosas queda claro que si lo que en verdad buscamos es nuestra afirmación como seres humanos, será necesario que nos dispongamos a suscribir un sano escepticismo acerca de un mundo feliz que la técnica presuntamente nos pone al alcance de la mano. Tomando así distancia de pesadillas orwellianas y de los estereotipos nacidos de la ciencia triunfante, aceptaremos que es necesario pensar, que debemos ponderarlo todo de nuevo, y que en ese intento deliniemos una comprensión más abierta y rica de lo que se da en llamar el medio ambiente.

El medio ambiente no es sólo nuestro entorno, sino que somos nosotros mismos, pues en esencia somos indisociables. Nuestro mar, nuestras tierras, nuestros campos y ciudades, son parte de nuestro propio rostro. Pero sucede que nuestro mar, antaño tan rico y transparente, hoy se halla turbio y empobrecido. Nuestros campos yacen devastados y contaminados cuando no atrofiados por el aire enrarecido, la desertificación y la salinización, transformados en vastos basurales por nuestras superpobladas y contaminadas urbes. Resulta cada vez más claro que las dramáticas consecuencias del descuido de la naturaleza propiciado por los indiscriminados avances tecnológicos se reflejan inevitablemente en el medio ambiente y constituyen así la más grande amenaza para la seguridad del hombre y para el futuro de la economía mundial. Si sumamos a ello, los patrones desequilibrados y no sustentables de crecimiento económico y consumo entre los países desarrollados y aquellos que no lo son, la vida del hombre no puede dejar de sufrir menoscabo, haciéndose cada vez más precaria.

Creo que nadie discute hoy que una acepción ajustada a la integridad del término “Desarrollo” reposa sobre la base de una real sustentabilidad social y económica, así como de una política coherente y efectiva en la protección y manejo de nuestros recursos naturales. Así se comprende que la inseguridad humana mundial se relacione fundamentalmente con una inestabilidad global generada por la extrema pobreza, la suciedad, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo, pero también y sobre todo, por la degradación de nuestro medio ambiente.

De otro lado, “desarrollar” implica también elaborar un saber, provisional pero paradójicamente de largo alcance, que si bien debe reconocer su insuficiencia frente a un despliegue casi autónomo de una tecnología desatada, no debe cejar empero en su esfuerzo por salvaguardar al hombre de sí mismo. Esto, por lo demás, constituye el terreno a partir del cual debe considerarse un nuevo imperativo ético: el del compromiso y la responsabilidad,



mandato que reposa en el fondo mismo de la vida moral y que extiende su dominio a la relación dialógica y armónica del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza, configurándose de tal manera ese horizonte compartido que solemos llamar mundo.

Ahora bien, una actitud positiva hacia el mundo, “nuestro mundo”, podrá ser permanente sólo si está basada en un cambio profundo en nuestros valores. Por ello, a la comunidad mundial le compete diseñar estrategias nuevas y mejores para atacar la cultura de la violencia y dentro de ella el vicioso círculo de pobreza y degradación del medio ambiente en el cual vivimos. Por lo demás, ha quedado fehacientemente demostrado que el destino de la Tierra y el futuro de la humanidad están inextricablemente unidos. La tarea de encontrar soluciones realistas a los problemas que enfrenta la compleja ecuación establecida entre población-recursos-medio ambiente es impostergable. Queda claro que si realmente deseamos acabar con el grave problema de la pobreza que aqueja a gran parte de los

hombres, deberemos subsanar la desequilibrada relación entre estos tres factores.

Una buena manera de contribuir a esta tarea es la Educación Ambiental, cuya meta primordial es introducir la Vida en sus más amplias expresiones en la Educación, en la formación de los hombres, porque educar implica formar mejores personas y para ello resulta imprescindible derribar obstáculos, traspasar barreras construídas necia y egoístamente; supone, en consecuencia, rectificar en buena medida, el camino que hemos venido recorriendo. Reaprendamos pues, a observar, a sentir, a hacer, a amar, a vivir ... Gocemos del mayor de los privilegios y en los anchurosos campos del tiempo y del espacio afirmemos nuestra libertad otorgándole la serenidad y sabiduría que nacen de la conciliación y respeto debidos a nuestro entorno.

Muchas gracias.

SALOMON LERNER FEBRES  
RECTOR

22/03/1996